

## CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL—

# ¿QUÉ ES?

J. N. Armstrong

El propósito de este estudio es infundir en todo lector el santo deseo de ser exactamente la clase de cristianos que fueron Pedro, Jacobo, Juan y Pablo. Era esta clase de cristianos la que componía la totalidad de la iglesia que estaba en Jerusalén. Ningún otro objetivo merece los esfuerzos de un cristiano, ningún otro agrada a Dios. Estoy convencido de que muchas personas desean agradecer a Dios—de que preferirían agradecerle a Él antes que cualquier otra cosa. En efecto, quiero creer que es de todo corazón que desean seguir al Señor en todo lo que hacen. Por lo tanto, si son cristianos denominacionales, lo serán porque no saben que el denominacionalismo es desagradable a Dios. Esta lección se ha escrito pensando en personas en cuyo corazón existe tal deseo.

No olvidemos que la totalidad del mundo religioso coincide en que los primeros cristianos eran cristianos no denominacionales. Eran miembros de la iglesia porque el Señor los añadió a ella. Estos cristianos tenían reuniones no denominacionales como la que se describe en Hechos 2. En sus reuniones daban alabanza y elevaban oraciones a Dios, traían personas no salvas a ellas, predicaban el evangelio, salvaban pecadores, encargaban siervos, cuidaban de los pobres—de hecho, hacían toda clase de obras propias de una iglesia— sin estar afiliados con denominación alguna. Vivían sencillamente como cristianos y como miembros de ese cuerpo de personas salvas creado por el Señor por medio de añadir cada día los que eran salvos. A este cuerpo de salvos, el Espíritu Santo se refirió como «la iglesia que estaba en Jerusalén» (Hechos 8.1; 11.22).

En la lección anterior vimos, al examinar los anales divinos, que Jesús prometió el Espíritu Santo a Sus discípulos para guiarlos a toda la verdad. Les mandó esperar en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. Usando los ojos

de la fe, los vimos ir a Jerusalén y esperar la venida del poder. Del mismo modo, vimos que el Espíritu Santo vino, entró en ellos y comenzó Su obra. Como Maestro no denominacional que era— valiéndose de un predicador no denominacional, que era el apóstol Pedro— este Espíritu venido de Dios enseñó cristianismo no denominacional, hizo cristianos no denominacionales y edificó una iglesia no denominacional, «la iglesia que estaba en Jerusalén».

Recuerde, también, los conceptos tratados al final de la lección anterior. El que lleva a cabo reuniones de la iglesia, de la manera como aquella reunión fue llevada a cabo, y además predica las mismas verdades que se enseñaron en ella y pide a los no salvos hacer lo mismo que a aquellos no salvos se les mandó hacer en la reunión de Jerusalén, estará igualmente llevando a cabo reuniones no denominacionales y enseñando cristianismo no denominacional. Además, los que reciban tal clase de enseñanza llegarán a ser cristianos no denominacionales. No hay otra manera como podamos tener cristianismo no denominacional, excepto por replicar fielmente esta obra del Espíritu Santo. Este es el «cómo» del cristianismo no denominacional: El que fielmente sigue al Espíritu Santo en Su obra con estos cristianos que estaban en Jerusalén, no será otra cosa más que cristiano.

Cuando el Espíritu Santo vino a Jerusalén haciendo el ruido de un viento huracanado, ello hizo que se reuniera una gran multitud, una congregación de personas que no creían en Cristo, los mismos que habían crucificado a Éste cincuenta días atrás. La primerísima obra que había de hacerse con esta congregación de pecadores que crucificaron al Señor de gloria, era probarles que en realidad habían matado al Hijo de Dios. De allí que el Santo Maestro que había en Pedro comenzara a predicar a Jesús, afirmando que Él era Señor y

Cristo, que fue exaltado por la diestra de Dios. Después que Pedro probó, con evidencias irrefutables, que Jesús era el Hijo de Dios, él pidió a los incrédulos saber «ciertísimamente [...] que a este Jesús a quien» ellos crucificaron, Dios le hizo «Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Este irrefutable testimonio de Pedro, guiado por el Espíritu Santo, hizo llegar la convicción al corazón de ellos. Llenos de una angustia que les embargó el corazón, clamaron por alivio de su corazón y de su alma.

Una vez más, hacemos una pausa para ver la obra. ¿Qué fue lo que en realidad se hizo, y cómo se logró? Ciertamente, hemos visto que hasta este momento, en esta reunión, no se ha hecho otra cosa que no sea una poderosa prédica. El predicador se ha esforzado para sembrar en cada corazón la gran verdad en el sentido de que Jesús era todo lo que había afirmado ser; de que ellos, por manos de inicuos, lo habían matado; y de que Dios lo había levantado del sepulcro y lo había exaltado por Su diestra para ser Señor y Cristo. Haciendo uso de grandes y convincentes argumentos, hizo llegar esta verdad al corazón de miles de personas, hasta llenarlas de angustia. Todo este efecto fue logrado por medio de predicarles a Jesús. Ningún otro esfuerzo se hizo.

Cuando estas personas se reunieron para oír este sermón, ellas creían que el cuerpo de Jesús estaba bajo tierra, que todas Sus afirmaciones habían sido falsas, y que no se habían equivocado al clavarlo en la cruz cincuenta días atrás. Creían haber hecho un gran servicio a Dios. ¡Cuán grande cambio se produjo en el corazón sincero de estas personas! ¡Cuán afligidos se pusieron! Después de oír a Pedro hablar, pasaron a creer todo lo contrario—concretamente, que todas las afirmaciones de Jesús habían sido ciertas, que en realidad habían matado al Cristo de Dios, y que Él estaba vivo otra vez, siendo Señor y Cristo a la diestra de Dios. Esta debió de haber sido la fe de ellos, y era esta convicción la que les afligía.

Al darse cuenta de toda esta fe, convicción y tristeza, que se había producido en el corazón de sus oyentes, el predicador les ayudó en su angustia. Para alivio de ellos les dijo: «Arrepentíos». Por lo tanto, el cambio producido en el corazón de estas personas, el cambio que los llevó a clamar por alivio—la preocupación y tristeza de ellos— no incluyó arrepentimiento. Todo el cambio que se había producido hasta ese momento, aun el clamor en sí, no fue parte del arrepentimiento, sino que fue un sentimiento aparte. El cambio que se operó en ellos es, entonces, un cambio que ha de producirse en el corazón de personas inconversas

antes del arrepentimiento. Esto es tan cierto como el hecho de que el Espíritu Santo respondió a su clamor de angustia. Fue para aliviarles esta angustia y aflicción que les mandó arrepentirse. ¡Que no se nos olvide que lo anterior es enseñanza no denominacional!

¿Cuál fue la causa tan grande de esa angustia y aflicción? Ciertamente, fue un gran cambio el que se produjo en el corazón de estas personas. Este cambio les causó angustia y aflicción, pero fue un cambio que ocurrió antes del arrepentimiento. No hay duda de que consistió de fe en Jesús como Señor y Cristo. Por lo tanto, así de grande debe ser la fe en Jesús que debe preceder, y de hecho precede, al arrepentimiento, en toda conversión a Cristo. Para ser no denominacional en mi enseñanza, debo enseñar que este cambio ocurre antes del arrepentimiento.

En efecto, el Espíritu Santo, que también estuvo en Pablo, enseñó la misma secuencia anterior. «Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseris por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación» (2ª Corintios 7.9–10a).

No hay duda, los integrantes de esta multitud que estamos considerando estaban contristados—de hecho, contristados según Dios. A ellos les dijo Pedro: «Arrepentíos». Este fue mandato del cielo.

Me gustaría sentarme con cada lector y hablarle francamente acerca de estos asuntos. Es esencial para la salvación del mundo que los santos del Señor sean como estos primeros cristianos—es decir, «un corazón y un alma» (Hechos 4.32). No debe haber divisiones entre nosotros. Debemos estar perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer, «para que el mundo crea que [el Padre envió a Jesús]» (Juan 17.21c).

Estoy tratando de ser objetivo en el examen que le estoy haciendo a esta reunión no denominacional del pueblo de Cristo. En realidad, el Espíritu ha sido tan claro en su exposición de la reunión, que no puedo ver un punto en el cual las personas de corazón sincero no estén de acuerdo. Si nos contentamos con ser como estos primeros discípulos, y con hacer lo que ellos hicieron, no veo por qué vamos a estar en desacuerdo acerca de las anteriores verdades inspiradas.

Por supuesto, si alguno de entre nosotros tiene su propia enseñanza, o la enseñanza de algún otro hombre, y amamos esta teoría más que la unión de

los santos y la verdad de nuestro Señor, entonces hallará sin duda algo en los anales divinos, con lo cual sustentar su teoría. Si alguien está afiliado con una denominación y está resuelto a mantener esa afiliación, entonces la sencilla enseñanza no denominacional no lo cambiará. Yo les suplico de todo corazón a todos los buscadores sinceros de la verdad que permitan que todo el peso de las claras verdades de esta reunión dirigida por el Espíritu Santo, gravite sobre sus corazones. Por favor sea partícipe del punto de vista del Sabio acerca de acatar las palabras de Dios:

No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan [...] Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida [...] Tus ojos miren lo recto, y diríjase tus párpados hacia lo que tienes delante. Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal (Proverbios 4.21-27).

Nuevamente, adelantémonos en nuestro análisis de esta reunión que se llevó a cabo en Jerusalén. A estas personas de corazón contristado y compungido se les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados [...]» (Hechos 2.38). Recuerde que esta respuesta se dio a personas cuyo corazón se había llenado de angustia, y que se dio para aliviarlas del peso del terrible pecado de matar al Hijo de Dios. Este era el pecado que gravitaba pesadamente en su corazón. Estaban profundamente contristadas por haberlo cometido y estaban dispuestas, completamente dispuestas, a reparar el daño que habían hecho —¿pero cómo lo iban a reparar? La expresión «¿qué haremos?» era el clamor de su corazón (Hechos 2.37b). Lo más seguro es que se preguntaban si había algo que se pudiera hacer para librarlos de tan terrible pecado. La respuesta fue: «Arrepentíos». Lo que Pedro estaba diciendo era, en efecto, esto: «Sométanse a Cristo el Señor. Hagan suya la voluntad de Él. Entréguense sin reserva a Él». Esto fue lo que le dijo al pueblo: «Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

Todos estamos totalmente de acuerdo en que el Espíritu Santo, al dar esta respuesta, estaba incluyendo los requisitos que estas personas debían llenar para recibir perdón, o para ser libres de culpa. En algún momento del cumplimiento de los requisitos indicados en esta respuesta, ellas hallarían alivio, serían libradas de culpa, y

perdonadas. Podemos estar seguros de que no fueron libres de culpa, sino hasta después que se arrepintieron. Cuando se arrepintieron, entregándose sin reservas a Cristo, se les dijo que se bautizaran para el perdón de sus pecados. Esta es la única ocasión en la que el ser librados de culpa o el ser perdonados de pecado, se menciona en toda la historia (aunque ese era exactamente el peso que gravitaba sobre el corazón de los que preguntaron). En esta única ocasión, a personas cuyo corazón se llenó de angustia, se les dijo que se bautizaran «para perdón» de sus pecados. ¿Es posible que en su corazón ya tuvieran exactamente aquello para lo cual se les dijo que se bautizaran? Pues claro que no. Además, a estas personas se les prometió que recibirían el don del Espíritu Santo después del bautismo.

Esto es lo que leemos: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2.41). En esos tiempos Dios estaba añadiendo al número de los salvos «los que [estaban siendo] salvos» (Hechos 2.47). Hemos visto que estas personas constituían la iglesia de Dios, y que no fueron miembros sino porque, y hasta cuando, fueron añadidas. Estas tres mil almas fueron añadidas a la iglesia de Dios después del bautismo y llegaron a ser miembros de esta en ese momento.

Las Escrituras dan a entender claramente que en esta reunión no denominacional, a la gente se le dijo que creyera («supiera ciertísimamente»), se arrepintiera y se bautizara para el perdón de los pecados. También existe certeza escrituraria de que las personas fueron añadidas al cuerpo salvo de discípulos al bautizarse, y de que se les dio el don del Espíritu Santo en el momento de su bautismo. Las anteriores son verdades importantes que el corazón recto considerará.

Dejaremos para otra ocasión el significado de la palabra «para», de la frase «para perdón de los pecados». Sin embargo, lo siguiente es lo que ya hemos determinado: El que enseñe a la gente a creer lo que se enseñó en esta reunión no denominacional, puede leer su enseñanza en las mismas palabras de la Biblia; puede tener certeza de que él es no denominacional, y de que está edificando la mismísima iglesia de Dios. ¿Qué es, pues, lo que enseña? Enseña a la gente a creer que Jesús es Señor y Cristo, y les enseña a creer esto para que se contristen según Dios. Luego, a estos que creen y que en consecuencia están contristados, los llama a arrepentirse. Después, a estos que creen, están contristados y arrepentidos, los llama a bautizarse para el perdón de sus pecados. Les anuncia la

promesa de Dios en el sentido de que, en el momento que obedezcan, recibirán el Espíritu Santo y serán añadidos al número de los salvos, serán añadidos a la iglesia de Dios. Tal maestro no será más que la clase de cristiano y predicador que fue

Pedro, y los que sean llevados a Cristo por su predicación no serán más que la clase de cristianos que fueron aquellos tres mil. Serán miembros únicamente de la iglesia a la cual Dios los añadió.■

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS